

En tanto, Nicanor Parra puede seguir tranquilo y seguro en el sitio único que ha conquistado, para rasgarse su rabel de cantor, que le enviarían el Mulato y No Bernardino, grandes y eternos; pues hoy, como el Gaucho inmortal de José Fernández, podrá desafiar al más pintado cantor que se le cruce en el camino:

*Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman...*

HOMERO BASCUÑÁN



La forma de lo desconocido, por LANCELOT LAW
WHYTE. Editorial SUR, Buenos Aires, abril, 1957

HE AQUÍ UN LIBRO que arroja audaces sondas luminosas en el abismo del misterio. Pero no se piense en la estéril pirotecnia de quienes mucho aventuran, pero poco saben o pueden llegar a saber. Lancelot Law Whyte pertenece a ese linaje de escritores cuyas intuiciones y atisbos marchan a parejas con una profunda erudición y, es más, se valen de ésta para trepar por los escarpados acantilados del conocimiento, todavía no revelado. Su mente, equipada así con lo mejor del bagaje científico de la época, a la vez que fertilizada por raptos líricos que fluyen del inconsciente, está especialmente capacitada —casi diríamos orgánicamente— para afrontar la estupenda aventura de ir a la busca de un nuevo “mito de la creación”, como él dice; de una “cosmología o modo de pensar que sea adecuado para el estado actual del conocimiento”.

En estas palabras se anuncia ya todo un programa de indagación, como también se apunta a una deficiencia sobre la que el autor volverá muchas veces a lo largo de su breve pero luminoso ensayo. Para Whyte —exponente señalado de la actual jerarquía intelectual británica— le falta al mundo presente, como al pasado, una visión vertebrada del universo físico y mental que configura el escenario en el que se representa el drama humano. Por eso él, con voz que, sin embargo, no suena a premonitoria —ya se verá que las consecuencias finales de su obra son optimistas—, se dice que “hasta ahora no sabemos nada fundamental sobre el universo en el que nacemos”. Pese a ello, en este planteo vital —confrontación última y primera sobre la

que se fundamenta la hipótesis central de esta Forma de lo Desconocido—lo que sobrevive no es la angustia de nuestra ignorancia, sino la esperanza que emana de la realidad de la titánica marcha ascendente del hombre. La biología y la antropología, hasta la historia misma buscan líneas convergentes para coincidir y dar pábulo y base a esta fe. De ahí que, prontamente, este pesquisador de “summas” se diga que realmente “el hecho asombroso no es que nunca haya vivido hombre alguno que poseyera el tipo de conocimiento fundamental que tanto necesitamos, sino que la especie ha conseguido lograr alguna comprensión”.

Pero, poeta por sobre todo, luego el autor —en síntesis maravillosa— discurre sobre el trashumante vagabundeo del *homo sapiens* en pos de la luz hasta llegar desde las danzas y el parloteo prehumanos hasta el milagro cultural que representan Newton o Beethoven. No es de extrañarse, entonces, que Whyte se atreva a volver sobre una idea anterior para afirmar que el hecho histórico del descubrimiento humano es más asombroso y significativo que la ignorancia humana, “ya que, sin los hechos y la experiencia de los descubrimientos anteriores, no podríamos tener siquiera noción de la ignorancia. Nuestra conciencia de nuestra ignorancia evidencia nuestra facultad de descubrir. El abismo no es sin fondo: hemos hecho pie”.

El, al menos, ha tocado los inicios de una nueva tierra de promisión.

Toda exploración requiere de un órgano, instrumento o vínculo que provea la posibilidad de ir hacia adelante. Para este intelectual inglés que, con el atrevimiento de su raza —que en otros siglos buscó caminos imperiales menos idealistas—, pretende iluminar vastas zonas en sombra de la vida y su entorno físico para alcanzar la playa desde donde el hombre abarque una visión cósmica, este medio es la forma, que es “la magia del mundo” —según Dalcq— y que para él constituye “la principal clave para entender la conexión de las cosas que están al alcance”.

Queda dicho, pues, que las constantes de su pensamiento son científicas (instrumentadas armoniosamente con los descubrimientos más recientes), pero queda dicho, asimismo, que es la sed metafísica la que lo domina y lo incita a la indagación trascendente.

En suma, la ardiente poesía del misterio.

Y lógico es que así sea porque, como él bien lo apunta, “en las ciencias exactas un logro constructivo vale por un mundo de sueños, pero a menudo los sueños tienen que darse primero”.

Más al hablar de forma, como realidad filosófica y estética, el hombre

ha de hablar también de estructura, como realidad cósmica y biológica. Y ya está planteado todo el enigma: desde las nebulosas y los núcleos atómicos hasta los genes, cromosomas, enzimas y virus. Es decir, simplificando, la historia completa de la creación y la vida incluyendo la aparente coronación de la pirámide: la criatura humana.

Con apasionado rigor, como un poeta que persigue un sueño o un sabio que en el tubo de ensayo busca la nueva fórmula milagrosa, Whyte va desbrozando el áspero camino de la comprensión e integración de los fenómenos y su transmutación en normas válidas y unificadas, para hacerlo más transitable a nuestro insaciable deseo de conocimiento. Los capítulos de la obra, en que por igual se pregunta sobre, ¿qué es la vida? ¿Qué es la forma? ¿Qué es el hombre?, van cerrando el círculo en torno de ciertas *esencias* que no debemos apartar de nuestra inteligencia. Entre otras, la de que las leyes que parecen regir nuestro universo no son, tal vez, sino el velo que cubre un orden más profundo; que los dolores y quebrantos de la humanidad pueden ser los del desarrollo y adaptación a nuevas condiciones más que los de una decadencia que hunda todos nuestros valores; y que es preciso el reconocimiento de un poder formativo superior, que abarque toda la naturaleza, y cuyo principio nos permita hacer frente al desasosiego y la destrucción.

Hoy, que la humanidad enfrenta el más horrible desafío del destino por la incapacidad de hombres y naciones para la convivencia, el elevado mensaje de este clarividente ensayo es portador de una sabiduría que no debería ser desoída.

La de que "una criatura sana no puede repudiar su propia vitalidad".

La de que "sólo un hombre disociado puede considerar que la vida no es digna de vivirse".

¿Podría darse alegato más profundo y sincero contra el suicidio colectivo que se fragua detrás de las tenaces nubes atómicas que quieren subir al cielo?

MARIO GARFIAS



Caballo de Copas, de FERNANDO ALEGRÍA
Editorial Zig-Zag

NO CABE DUDA que la literatura chilena está encaminando sus pasos hacia nuevos derroteros, más originales, más amplios, menos domésticos, alejándose